

Cayo Cornelio Tácito

LA GERMANIA

CLÁSICOS DE HISTORIA 92

CAYO CORNELIO TÁCITO

LA GERMANIA

TRADUCCIÓN Y TEXTO LATINO

LA GERMANIA.....	3
DE ORIGINE ET SITU GERMANORUM.....	18

LA GERMANIA

I

La Germania, en conjunto, está separada de las Galias, Retias y Panonias por el Rhin y el Danubio, y de los Sármatas y Dacos o por los montes, o el miedo que se tienen los unos a los otros. El océano cerca lo demás, abrazando grandísimas islas y golfos, y algunas naciones y reyes, de que con la guerra se ha tenido noticia poco ha. El Rhin, saliendo de lo más alto e inaccesible de los Alpes de la Retia, y habiendo corrido un poco hacia Occidente, vuelve derecho hasta meterse en el Océano Septentrional. El Danubio nace en la cumbre de Abnoba, monte, aunque alto, no áspero, y habiendo pasado por muchas y diferentes tierras, entra en el mar Póntico por seis bocas, que la séptima, antes de llegar a la mar, se pierde en las lagunas.

II

Yo me inclinaría a creer que los germanos tienen su origen en la misma tierra, y que no están mezclados con la venida y hospedaje de otras gentes, porque los que antiguamente querían mudar de habitación, las buscaban por mar y no por tierra, y de nuestro mar van muy pocas veces navíos a aquel grande océano, que, para decirlo así, está opuesto al nuestro. Y, ¿quién quisiera dejar el Asia, África o Italia, y desafiando los peligros de un mar horrible y no conocido, ir a buscar a Germania, tierra sin forma de ello, de áspero cielo, de ruin habitación y triste vista, si no es para los que fuere su patria?

Celebran en versos antiguos —que es sólo el género de anales y memoria que tienen— un dios llamado Tuiston, nacido de la tierra, y su hijo Manno, de los cuales, dicen, tiene principio la nación. Manno dejó tres hijos, de los nombres de los cuales se llaman Ingevones los que habitan cerca del océano, Herminones los que viven la tierra adentro, y los demás Istevones. Bien que otros, con la licencia que da la mucha antigüedad de las cosas, afirman que el dios Manno tuvo más hijos, de cuyos nombres se llamaron así los Marsos, Gambrivios, Suevos, Vandilios, y que éstos son sus verdaderos y antiguos nombres. Que el de Germania es nuevo, y añadido poco ha, porque los primeros que pasaron el Rhin y echaron a los Galos de sus tierras, se llamaron entonces Tungros, y ahora se llaman Germanos. Y de tal manera fue prevaleciendo el nombre, no de la raza, sino el de este pueblo, que todos los demás, al principio, tomaron el nombre de los vencedores, por el miedo que causaban, y se llamaban Tungros; y después inventaron ellos mismos propio y particular nombre, y se denominaron universalmente Germanos.

III

También cuentan que hubo un Hércules en esta tierra, y al marchar al combate entonan cánticos, celebrándole como el primero entre los hombres de valor. Poseen también ciertos famosos cantos llamados bardito, que les incitan a la lucha y les auguran el resultado de la misma; en efecto, porque, o se hacen temer o tienen miedo, según más o menos bien responde y resuena el escuadrón; y esto es para ellos más indicio de valor que armonía de voces. Desean y procuran con cuidado un son áspero y espantable, poniéndose los escudos delante de la boca, para que, detenida la voz, se hinche y se levante más. Piensan algunos que Ulises, en su larga y fabulosa navegación en que anduvo vagando, llegó a este océano, entró en Germania y fundó en ella la ciudad a que llamó Asciburgio, lugar asentado a la ribera del Rhin, y habitado hoy día; que en tiempos pasados se halló allí un altar consagrado a Ulises, en que también estaba escrito el nombre de Laertes, su padre, y que en los confines de Alemania y Retia se ven hoy día letras griegas en mármoles y sepulcros. Pero no quiero confirmar esto con argumentos, ni menos refutarlo; cada cual crea o no crea —lo que quisiere—, conforme a su ingenio.

IV

Yo soy de la opinión de los que entienden que los germanos nunca se juntaron en casamiento con otras naciones, y que así se han conservado puros y sencillos, sin parecerse sino a sí mismos. De donde procede que un número tan grande de gente tienen casi todos la misma disposición y talle, los ojos azules y fieros, los cabellos rubios, los cuerpos grandes, y fuertes solamente para el primer ímpetu. No tienen el mismo sufrimiento en el trabajo y obra de él, no soportan el calor y la sed, pero llevan bien el hambre y el frío, como acostumbrados a la aspereza e inclemencia de tal suelo y cielo.

V

La tierra, aunque hay diferencia en algunas partes, es universalmente sombría por los bosques, y fea y manchada por las lagunas que tiene. Por la parte que mira las provincias de las Galias es más húmeda, y por la que lo hace al Nórdico y Panonia, más expuesta a la acción de los vientos. Es fértil de sembrados, aunque no sufre frutales; tiene abundancia de ganados, pero, por lo general, de poco tamaño; ni los bueyes tienen su acostumbrada hermosura, ni la alabanza —que suelen— por su frente. Huélganse de tener mucha cantidad, por ser esas solas sus riquezas y las que más les agradan. No tienen plata ni oro, y no sé si fue benignidad o rigor de los dioses el negárselo. Con todo, no me atrevería a afirmar, no habiéndolo nadie escudriñado, que no hay en Germania venas de plata y oro. Cierto es que no se les da tanto como a nosotros, por la posesión y uso de ello, porque vemos que de algunos vasos de estos metales, que se presentaron a sus embajadores y príncipes, no hacen más caso que si fueran de barro. Bien es verdad que los que viven en nuestras fronteras, a causa del comercio, estiman el oro y la plata, y conocen y escogen algunas monedas de las nuestras; pero los que habitan la tierra adentro tratan más sencillamente, y a la costumbre antigua, trocando unas cosas por otras. Prefieren la moneda antigua y conocida, como son serratos y bigatos, y se inclinan más a la plata que al oro, no por afición particular que la tengan, sino porque el número de las monedas de plata es más acomodado para comprar menudencias y cosas usuales.

VI

No tienen hierro en abundancia, como se puede colegir de sus armas. Pocos usan de espadas ni lanzas largas; pero tienen ciertas astas, que ellos llaman *frameas*, con un hierro angosto y corto, pero tan agudo y tan fácil de manejar, que se puede pelear con ella de lejos y de cerca, según la necesidad. La gente de a caballo se contenta con escudo y *framea*; la infantería se sirve también de armas arrojadas, y trae cada uno muchas, las cuales tiran muy lejos. Andan desnudos, o con un sayo ligero. No son curiosos en su traje. Sólo traen los escudos muy pintados y de muy escogidos colores. Pocos traen lorigas, y apenas se halla uno o dos con casco de metal o de cuero. Los caballos no son bien hechos ni ligeros, ni los enseñan a volver a una mano y a otra y a hacer caracoles, según nuestra usanza; de una carrera derecha, o volviendo a una mano todos en tropa, hacen su efecto con tanto orden que ninguno se queda atrás. Y todo bien considerado, se hallará que sus mayores fuerzas consisten en la infantería; y así, pelean mezclados, respondiendo admirablemente al paso de los caballos la ligereza de los infantes, que se ponen al frente del escuadrón, por ser mancebos escogidos entre todos. Hay número señalado de ellos; de cada pueblo, ciento, y tienen entre los suyos este mismo nombre. Y quedóles por títulos de dignidad y honra, lo que al principio no fue más que número. El escuadrón se compone de escuadras formadas en punta. El retirarse, como sea para volver a acometer, tienen más por ardid y buen consejo que por miedo. Retiran sus muertos, aun cuando está en duda la batalla. El mayor delito y flaqueza entre ellos es dejar el escudo. Y los que han caído en tal ignominia no pueden hallarse presentes a los sacrificios ni juntas, y muchos, habiéndose escapado de la batalla, acabaron su infamia ahorcándose.

VII

Eligen sus reyes por la nobleza; pero sus capitanes, por el valor. El poder de los reyes no es absoluto perpetuo. Y los capitanes, si se muestran más prontos y atrevidos, y son los primeros que pelean delante del escuadrón, gobiernan más por el ejemplo que dan de su valor y admiración de esto, que por el imperio ni autoridad del cargo. Por lo demás, el castigar, prender y azotar no se permite sino a los sacerdotes, y no como por pena, ni por mandato del capitán, sino como si lo mandara Dios, que, según ellos, asiste a los que pelean. Llevan a la guerra algunas imágenes o insignias, que sacan de los bosques sagrados, y lo que principalmente los incita a ser valientes y esforzados es que no hacen sus escuadras y compañías de toda suerte de gentes, como se ofrecen acaso, sino de cada familia y parentela aparte. Y al entrar en la batalla tienen cerca sus prendas más queridas, para que puedan oír los alaridos de las mujeres y los gritos de los niños. Estos son los fieles testigos de sus hechos y los que más los alaban y engrandecen. Cuando se ven heridos, van a enseñar las heridas a sus madres y a sus mujeres, y ellas no tienen pavor de contarlas ni de examinarlas con cuidado, y en medio de la batalla les llevan alimentos y consejos.

VIII

De manera que algunas veces, según ellos cuentan, han restaurado las mujeres batallas ya casi perdidas, haciendo volver los escuadrones que se inclinaban a huir, con la constancia de sus ruegos, con ponerles delante los pechos y representarles el cercano cautiverio que de esto se seguiría, el cual temen con mayor vehemencia por causa de ellas; tanto, que se puede tener mayor confianza de las ciudades, que entre sus rehenes dan algunas doncellas nobles. Porque aun se persuaden de que hay en ellas un no sé qué de santidad y prudencia, y por esto no menosprecian sus consejos ni estiman en poco sus respuestas. Así lo vimos en el imperio de Divo Vespasiano, que algunos tuvieron mucho tiempo a Veleda en lugar de diosa. Y también antiguamente habían venerado a Aurinia y a otras muchas, y esto no por adulación, ni como que ellos las hicieran diosas, sino por tenerlas por tales.

IX

Reverencian a Mercurio sobre todos sus dioses, y ciertos días del año tienen por lícito sacrificarle hombres para aplacarle. A Hércules y a Marte hacen, con igual fin, sacrificios de animales permitidos. Parte de los Suevos adora a Isis; de donde les haya venido esta religión extranjera no es cosa averiguada, aunque la estatua de la diosa, que es hecha en forma de nave libúrnica muestra habérsela traído por mar. Piensan que no es decente a la majestad de los dioses tenerlos encerrados entre paredes o darles figura humana. Consagran muchas selvas y bosques, y de los nombres de los dioses llaman aquellos lugares secretos, que miran solamente con veneración.

X

Observan, como los que más, los agüeros y suertes. El uso de éstas es muy sencillo. Cortan de algún frutal una varilla, la cual, hecha pedazos, y puesta en cada uno cierta señal, la echan, sin mirar cómo, sobre una vestidura blanca. Luego el sacerdote de la ciudad, si es que se trata de negocio público, o el padre de familia, si es de cosa particular, después de haber hecho oración a los dioses, alzando los ojos al cielo, toma tres palillos, de cada vez uno, y hace la interpretación según las señales que de antemano les habían puesto. Si las suertes son contrarias, no tratan más aquel día del negocio, y si son favorables, procuran aún certificarse por agüeros. También saben ellos adivinar por el vuelo y canto de las aves. Mas es particular de esta nación observar las señales de adivinanza, que para resolverse sacan de los caballos. Estos se sustentan a expensas públicas en las mismas selvas y bosques sagrados, todos blancos, y que no han servido en ninguna obra humana, y en cuanto llevan el carro sagrado, los acompaña el sacerdote, y el rey o príncipe de la ciudad, y

consideran atentamente sus relinchos y bufidos. Y a ningún agüero dan tanto crédito como a éste; no solamente el pueblo, sino también los nobles y Grandes, y los sacerdotes, los cuales se tienen a sí por ministros de los dioses, y a los caballos por sabedores de la voluntad de ellos. Observan asimismo otro agüero para saber el suceso de las guerras importantes. Procuran coger, como quiera que sea, uno de aquella nación con quien han de hacer guerra, y le hacen entrar en batalla con uno de los más valientes de los suyos, armado cada cual con las armas de su tierra, y según la victoria del uno o del otro, juzgan lo que ha de suceder.

XI

Los príncipes resuelven las cosas de menor importancia, y las de mayor se tratan en junta general de todos: pero de manera que aun aquellas de que toca al pueblo el conocimiento, las traten y consideren primero los príncipes. Júntanse a tratar de los negocios públicos —si no sobreviene de repente algún caso no pensado— en ciertos días, como cuando es luna nueva, o cuando es llena, que este tiempo tienen por el más favorable para emprender cualquiera cosa. No cuentan por días, como nosotros, sino por noches. Y en esta forma hacen sus contratos y asignaciones, que parece que la noche guía el día. Tienen esta falta causada de su libertad, que no se juntan todos de una vez, ni como gentes que obedecieran una orden a plazo señalado, y así se suelen gastar dos y tres días aguardando los que han de venir. Siéntanse armados y cada uno como le agrada. Los sacerdotes mandan que se guarde silencio, y todos los obedecen, porque tienen entonces poder de castigar. Luego oyen al rey o al príncipe —que les hace los razonamientos—, según la edad, nobleza o fama de cada uno adquirida en la guerra, o según su elocuencia, teniendo más autoridad de persuadir que poderío de mandar. Si no les agrada lo propuesto, contradícenlo, haciendo estruendo y ruido con la boca; pero si les contenta, menean y sacuden las *frameas*. Que entre ellos es la más honrada aprobación la que se significa con las armas.

XII

Puede cualquiera acusar en la junta a otro, aunque sea de crimen de muerte. Las penas se dan conforme a los delitos. A los traidores y a los que se pasan al enemigo, ahorcan de un árbol, y a los infames que usan mal de su cuerpo, ahogan en una laguna cenagosa, echándoles encima un zarzo de mimbres. La diversidad del castigo tiene respeto a que conviene que las maldades, cuando se castigan, se muestren y manifiesten a todos; pero los pecados que proceden de flaqueza de ánimo, débense esconder aun en la pena de ellos. Por delitos menores suelen condenar a los convencidos de ellos en cierto número de caballos y ovejas, de que la una parte toca al rey o a la ciudad, y la otra al ofendido o a sus deudos. Eligen también en la misma junta los príncipes, que son los que administran justicia en las villas y aldeas. Asisten con cada uno de ellos cien hombres escogidos de la plebe, que les sirven de autoridad y consejo.

XIII

Siempre están armados cuando tratan alguna cosa, ya sea pública, ya particular; pero ninguno acostumbra traer armas antes que la ciudad le proponga por bastante para ello. Llegado este momento, uno de los principales, o su padre, o algún pariente, le adornan ante la junta con un escudo y una *framea*. Esta es, entre ellos, la toga y el primer grado de honra de la juventud. Hasta entonces se tienen por parte de la familia; y de allí adelante, de la República.

Eligen algunas veces por príncipes algunos de la juventud, ora por su insigne nobleza, ora por los grandes servicios y merecimientos de sus padres. Y éstos se juntan con los más robustos y que por su valor se han hecho conocer y estimar, y ninguno de ellos se corre de ser camarada de los tales y de que los vean entre ellos; antes hay en la compañía sus grados más y menos honrados por parecer y juicio del que siguen. Los compañeros del príncipe procuran por todos los medios

alcanzar el primer lugar cerca de él, y los príncipes ponen todo su cuidado en tener muchos y muy valientes compañeros. El andar siempre rodeados de una cuadrilla de mozos escogidos es su mayor dignidad y son sus fuerzas, que en la paz les sirve de honra; y en la guerra, de ayuda y defensa; y el aventajarse a los demás en número y valor de compañeros, no solamente les da nombre y gloria con su gente, sino también con las ciudades comarcanas, porque éstas procuran su amistad con embajadas y los honran con dones, y muchas veces, con sola la fama acaba la guerra —sin que sea necesario llegar a ellas—.

XIV

Cuando se viene a dar batalla es deshonor para el príncipe que se le aventaje alguno en valor; y para los compañeros y camaradas, no igualarle en el ánimo. Y si acaso el príncipe queda muerto en la batalla, el que de sus compañeros sale vivo de ella es infame para siempre, porque el principal juramento que hacen es defenderle y guardarle y atribuir también a su gloria sus hechos valerosos. De manera que el príncipe pelea por la victoria; y los compañeros, por el príncipe. Cuando su ciudad está largo tiempo en paz y ociosidad, muchos de los mancebos nobles de ella se van a otras naciones donde saben que hay guerra, porque esta gente aborrece el reposo, y en las ocasiones de mayor peligro se hacen más fácilmente hombres esclarecidos. Y —los príncipes— no pueden sustentar aquel acompañamiento grande que traen, sino con la fuerza y con la guerra, porque de la liberalidad de su príncipe sacan ellos, el uno un buen caballo, y el otro una *framea* victoriosa y teñida en la sangre enemiga. Y la comida y banquetes grandes, aunque mal ordenados —que les hacen cada día—, les sirven por sueldo. Y esta liberalidad no tienen de qué hacerla, sino con guerra y robos. Y más fácilmente los persuadirán a provocar al enemigo, a peligro de ser muertos o heridos, que a labrar la tierra y esperar la cosecha y sucesos del año. Y aun les parece flojedad y pereza adquirir con sudor lo que se puede alcanzar con sangre.

XV

Cuando no tienen guerras, se ocupan mucho en cazas, pero más en ociosidad y en comer y dormir, a que son muy dados. Ningún hombre belicoso y fuerte se inclina al trabajo, sino que dejan el cuidado de sus moradas, hacienda y campos a las mujeres y viejos y a los más débiles de la casa. Ellos, entretanto, se dejan embotar, y es cosa extraordinaria la naturaleza de estos hombres, que tanto aman la inercia, como aborrecen el reposo. Es costumbre en las ciudades que cada vecino dé voluntariamente al príncipe, cada año, algún ganado o parte de sus frutos, y aunque éstos lo tienen por honra, con todo les viene bien para sus necesidades. Estiman mucho los presentes de las gentes comarcanas, los cuales les envían, no solamente los particulares, sino también las ciudades, consisten en caballos escogidos, armas grandes, jaeces y collares; y nosotros también los hemos enseñado a recibir dinero.

XVI

Cosa sabida es que ninguno de los pueblos de Germania habita en ciudades cercadas, no sufren que sus casas estén arrimadas unas a otras. Viven, divididos y apartados unos de otros, donde más les agrada: o la fuente, o el bosque, o el prado. No hacen sus aldeas a nuestro modo, juntando y trabando todos los edificios: cada uno cerca su casa con cierto espacio alrededor, o por remedio contra las acciones del fuego, o porque no saben edificar. No usan piedras de construcción, ni tejas, sino que para todo se sirven de informes maderos, y sin procurar con el arte que tengan hermosura, ni que puedan causar deleite. Cubren algunos lugares de una tierra tan pura y resplandeciente que imita la pintura y los colores. También suelen hacer cuevas debajo de tierra, las cuales cubren con mucho estiércol, que les sirven para retirarse en invierno y recoger allí sus frutos, porque los defienden del rigor del frío que con esto se ablanda, y si alguna vez el enemigo entra en la tierra, destruye y lleva lo que haya a mano y no llega a lo que está escondido y debajo de tierra, o por no

saber dónde está, o por no detenerse a buscarlo.

XVII

El vestido de todos ellos es un sayo que cierran con una hebilla, y a falta de ésta, con una espina o cosa semejante, y sin poner otra cosa sobre sí, se están todo el día al fuego. Los más ricos se diferencian en el traje; pero no traen el vestido ancho, como los sármatas y partos, sino estrecho y de manera que descubre la hechura de cada miembro. También traen pellejos de fieras, los que están cerca de la de la ribera del Rhin, sin ningún cuidado en esto; pero los que viven la tierra adentro, con más curiosidad, como quien no tiene otro traje aprendido con el comercio y trato de los nuestros. Escogen las fieras, y las pieles que les quitan adornan con manchas —que les hacen—, y con otras de monstruos marinos que engendra el Océano más septentrional y el mar que no conocemos. Las mujeres usan el mismo hábito que los hombres, sino que sus vestidos, las más veces, son de lienzo, teñidos con labores de púrpura, sin mangas, porque traen descubiertos los brazos y las espaldas y la parte también superior del pecho.

XVIII

Y en todo, se guardan estrechamente entre ellos las leyes del matrimonio, que es lo que, sobre todo, se debe alabar en sus costumbres. Porque entre los bárbaros casi son los únicos que se contentan con una mujer, excepto algunos de los más principales, y eso no por apetito desordenado, sino que por su mucha nobleza desean todos por los casamientos emparentar con ellos. La mujer no trae dote; el marido se la da. Y los padres y parientes de ella se hallan presentes y aprueban los dones que la ofrece, y no son cosas buscadas para los deleites y regalos femeniles, ni con qué se componga y atavíe la novia, sino dos bueyes y un caballo enfrenado con un escudo, una *framea* y una espada. Con estos dones recibe el marido a la mujer, y ella asimismo presenta al marido algunas armas. Este tienen por el vínculo más estrecho que hay entre ellos y por el sacramento y dioses de sus bodas. Todas las cosas en el principio de sus casamientos están avisando a la mujer: que no piense que ha de estar libre, y no participar de los pensamientos de virtud y valor y sucesos de la guerra, sino que entra por compañera de los trabajos y peligros del marido, y que ha de padecer y atreverse a lo mismo que él en paz o en guerra. Esto significan los dos bueyes en un yugo, y el caballo enjaezado, y las armas que la dan: que de esta manera se ha de vivir y morir, y que recibe lo que ha volver bueno y entero, como se lo dieron, a sus hijos; y que es digno de que lo reciban sus nueras, para que otra vez lo den a sus nietos.

XIX

Su propia castidad las guarda, sin que las pervierta la vista y ocasiones de los espectáculos y fiestas, ni los incentivos de los banquetes. Y no ayuda poco que ni ellas ni los hombres saben leer ni escribir, ni usar del secreto de esto para comunicarse. Hay pocos adulterios, aunque es la gente tanta. El castigo se da luego, y corresponde al marido. Éste, después de haberla cortado los cabellos en presencia de los parientes, la echa desnuda de casa, y la va azotando por todo el lugar. Tampoco se perdona a las que proceden mal; la que se hallare en este caso no encontraría marido, aunque fuera hermosa, joven y rica, porque ninguno allí se ríe de los vicios, ni se llama siglo el corromper y ser corrompido. Y aun hacen mejor las ciudades donde solamente se casan las doncellas, y una vez sola se cumple y pasa con el deseo y esperanza de ser casada; de manera que, como no tienen más de un cuerpo y una vida, así no han de tener más de un marido, para que no tengan más pensamiento —de casarse—, ni más deseo —de ello—, y que no le amen como a marido, sino como a matrimonio. Tiénese por gran pecado entre ellos dejar de engendrar, y contentarse con cierto número de hijos, o matar alguno de ellos. Y pueden allí más las buenas costumbres que en otra parte las buenas leyes.

XX

Andan los niños de todas las clases sociales sucios y casi desnudos, y vienen a tener aquellos miembros y cuerpos tan grandes de que nos admiramos. Cada madre cría a sus hijos, les da leche, y no los entregan a esclavas ni amas. Con el mismo regalo se crían los hijos de los esclavos que los del señor, sin que en esto se diferencien los unos de los otros. Viven y andan todos juntos entre el ganado y en la misma tierra hasta que la edad divide los libres de los que no lo son, y la virtud los da a conocer. Llegan tarde a mujeres, y por eso conservan más largo tiempo la flor de la juventud. Tampoco se dan prisa en casar a las hijas. Gozan de la misma juventud, y tienen grandeza de cuerpo semejante a la de los jóvenes; júntanse de una edad, y ambos fuertes, y así los hijos sacan las fuerzas de los padres. A los hijos de la hermana se hace la misma honra en casa del tío que en la de sus padres. Algunos piensan que este parentesco es el más estrecho e inviolable, y cuando han de recibir rehenes, los piden más que a otros, porque les parece que éstos les serán más firmes prendas como más queridos, así en la familia del padre, como en la del tío. Todavía los hijos son herederos y sucesores de los padres, y no hay entre ellos testamento. A falta de hijos, suceden, primeramente, los hermanos; luego, el tío, de parte de padre, y después el de parte de madre. Los viejos, en tanto, tienen más gracia y favor, en cuanto tienen más deudos y mayor número de parientes por afinidad. El no tener hijos no causa respeto ni estimación.

XXI

Es fuerza tener las mismas enemistades y amistades del padre o pariente; pero no duran sin poderse aplacar; porque todos los agravios, y aun el homicidio, se recompensan con cierto número de ganado, y toda la familia recibe satisfacción; lo cual es muy útil para el bien público, porque las enemistades entre hombres que viven en libertad son más peligrosas.

No hay nación más amiga de convites ni que con mayor gusto reciba los huéspedes. Tiénesese por cosa inhumana negar su casa a cualquiera persona. Recíbelos cada uno con los manjares que mejor puede aparejar, según su estado y hacienda. Y cuando no tiene más que darles, el mismo que acaba de ser huésped los lleva y acompaña a casa del vecino, donde, aunque no vengán convidados —que esto no hace al caso—, los acogen con la misma humanidad, sin que se haga diferencia, cuanto al hospedaje, entre el conocido y el que no lo es. Es costumbre entre ellos conceder cualquier cosa que pida el que se parte, y la misma facilidad tienen en pedirle lo que les parece. Huelgan de hacerse dádivas y presentes los unos a los otros; pero ni echan en cara lo que dan, ni se obligan con lo que reciban.

XXII

Luego, en levantándose de la cama, en que se están casi siempre hasta el día, se lavan, y las más veces con agua caliente, por ser en aquella tierra lo más del tiempo invierno. Después de lavados, se sientan a comer cada uno en su asiento y mesa aparte; y, habiendo comido, se van armados a sus negocios, y de esta manera también muchas veces a los banquetes. No tienen por afrenta gastar el día y la noche bebiendo. Son muy ordinarias las riñas y pendencias, como entre borrachos que pocas veces suelen acabar con palabras, y las más con heridas y muertes. Y también tratan en los banquetes de reconciliarse los enemigos, de haber casamientos, elegir príncipes, y, en fin, muchas veces de las cosas de la paz y de la guerra; como si en ningún otro tiempo estuviera el ánimo más capaz de buenos y sencillos pensamientos, ni más pronto y entendido para grandes empresas. Y esta gente, que de suyo no es astuta ni sagaz, pone de manifiesto aun hoy los secretos de su pecho con la licencia de las diversiones. De este modo queda al descubierto y como al desnudo la intención de cada cual. Al día siguiente vuelven a tratar las mismas cuestiones, porque se tiene consideración y respeto con ambos tiempos. Proponen y votan cuando no saben fingir, y resuelven y determinan cuando no pueden errar.

XXIII

Hacen una bebida de cebada y trigo, alterada por la fermentación a manera del vino. Los que habitan cerca de la ribera —del Rhin—, compran éste. Sus comidas son simples: manzanas salvajes, venado fresco y leche cuajada. Sin más aparato, curiosidad ni regalos, matan la hambre; pero no usan de la misma templanza contra la sed. Y si se les diese a beber cuanto quisieran, no sería menos fácil vencerlos con la embriaguez que con las armas.

XXIV

Sus fiestas y juegos son siempre unos mismos en cualquiera junta. Algunos mancebos desnudos que tratan de este juego, se arrojan, saltando, entre las espadas y *frameas*. El ejercicio les ha dado el arte; y el arte, la gracia; pero no lo hacen por ganancia o salario, aunque es precio y paga de aquella su temeraria lozanía el gusto y aplauso de los que lo miran. Es mucho de maravillar que jueguen a los dados cuando no están bebidos, considerándolos como una ocupación seria; y lo hacen con tanta codicia y temeridad en ganar y perder, que cuando les falta qué jugar, la última parada y apuesta es la libertad y el cuerpo. El vencido se hace esclavo de su propia voluntad; y aunque sea más mozo y más robusto, se deja atar y vender; que tanta obstinación tienen en cosa tan mala, que ellos llaman cumplimiento de la palabra empeñada. Truecan de buena gana los esclavos de esta calidad, por librarse también de la vergüenza que causa tal victoria.

XXV

No se sirven de los demás esclavos como nosotros, empleando a cada uno en su oficio de la casa; dejan a cada uno de ellos vivir aparte y que trabajen para sí. El señor les carga cierta pensión de grano, ganado o vestidos, como haría con un colono, y el esclavo no tiene que obedecerle en más. Los otros oficios de la casa hacen la mujer y los hijos. Pocas veces azotan a los esclavos, ni los ponen en cadena, ni los condenan a trabajar. Suelen matarlos, no por castigo ni severidad, sino cuando los ciega el enojo y la cólera, como pudieran hacerlo con un enemigo; pero sin recibir pena por ello. Los libertos son poco más estimados que los esclavos; pocas veces tienen mando en casa de los amos, y nunca en las ciudades, salvo en aquellas naciones en que mandan reyes. Que allí pueden más que los libres y más que los nobles. En todas las demás, la desigualdad de los libertos sirve para conocer los que son libres.

XXVI

Aquí no se sabe qué cosa es dar y tomar a interés, ni acrecentar el caudal con usuras; y por esto se usa menos que si fuera prohibido. Cada lugar toma tanta tierra para labrar cuanto tiene hombres que la labren, y la reparten después entre sí, conforme a la calidad de cada uno; es fácil la partición por los muchos campos que hay. Mudan cada año de heredades, y siempre les sobra campo; porque no procuran acrecentar la fertilidad y cantidad de la tierra con el trabajo e industria, plantando árboles, cercando prados y regando huertas. Sólo se contentan con que la tierra les dé grano; y así no dividen el año en tantas partes como nosotros. Conocen el invierno, primavera y estío, y saben sus nombres; el del otoño no le saben, ni sus bienes.

XXVII

Ninguna pompa tienen en sus entierros. Sólo que para quemar los cuerpos de los hombres ilustres usan de cierta leña. No echan sobre la hoguera vestidos ni cosas olorosas. Sólo queman con los muertos sus armas: y con algunos, sus caballos. Hacen los sepulcros de céspedes, y menosprecian los monumentos grandes y de mucha obra como enfadosos y pesados a los difuntos. Dejan presto las lágrimas y llanto, y tarde el dolor y tristeza. Tienen por cosa honesta para las

mujeres, el llorar; y para los hombres, el acordarse.

Esto es lo que, en general, he sabido del origen y costumbres de los germanos. Ahora diré de los institutos y usos de cada gente de ellos, y en qué se diferencian los unos de los otros, y asimismo las naciones que de Germania pasaron a las provincias de Francia.

XXVIII

El divo Julio, príncipe de los autores, escribe que antiguamente la potencia de los galos fue mayor, y por esto es cosa creíble que también ellos pasaron a Germania; porque, ¿cuánto era lo que podía estorbar ni impedir el río para que cada nación, como fuese haciéndose poderosa, no dejase sus tierras y ocupase las ajenas, que aún eran comunes, y no apartadas ni defendidas por la potencia de los reinos? Y así, los helvecios ocuparon la tierra que hay entre la selva Hercinia y el río Meno y el Rhin, y los boyos pasaron más adelante; y ambas naciones son gálicas. Y aun ahora dura el nombre de Boiemo, que es memoria de aquella nación, aunque los que le habitan son ya otros. Es cosa incierta si los araviscos, dividiéndose de los osos, que es nación de Germania, pasaron a Panonia; o si los osos, dejando a los araviscos, vinieron a Germania; porque ambas gentes tienen aun ahora el mismo lenguaje y las mismas ordenanzas y costumbres; y porque viviendo antiguamente con una gran pobreza y libertad, eran unos mismos los bienes y los males de la una y otra ribera. Los treveros y los nervios desean y procuran con grande ambición que su origen sea de Alemania, como si por esta gloria de la casta dejaran de parecerse a los galos en el talle y en la flojedad. Los vangiones, trebocos y nemetes, que habitan la ribera del Rhin, sin duda son germanos. Ni los ubios tampoco, aunque merecieron ser colonia de los romanos, y se llamen de mejor gana agripinenses, del nombre de su fundadora, se avergüenzan de su origen. Que habiendo éstos pasado antiguamente el Rhin, por las muchas pruebas que hubo de su fidelidad, los pusieron sobre la misma ribera, no para ser guardados, sino para que rechazasen al enemigo.

XXIX

Los batavos son los más valerosos de estas naciones. No tienen mucha tierra en la ribera del Rhin, pero ocupan una isla de él. Antiguamente fue pueblo de los catos, y, por las disensiones que hubo entre ellos, pasó a estas tierras, para hacerse en ellas parte del imperio romano. Quédales la honra y el testimonio de la compañía antigua, porque no los tratan con menosprecio con la carga de los tributos, ni los cogedores los molestan y maltratan. Viven libres de cargas y de imposiciones, y solamente, apartados de los demás para el uso de las batallas, se guardan y reservan como armas para las guerras. Este mismo reconocimiento hacen los matiacos. Que la grandeza del pueblo romano llegó a extender la reverencia y respeto del imperio más allá del Rhin y de los términos antiguos. Y así, aunque viven de la otra parte en su ribera y términos, con todo eso se nos inclina su ánimo y voluntad. Y en todo son semejantes a los batavos, salvo que, como gente que goza del suelo y cielo de su tierra, son más animosos y feroces.

No contaré entre los pueblos de Germania los que cultivan los campos decimales, aunque tengan su asiento de la otra parte del Rhin y del Danubio. La gente más liviana —y perdida— de los galos, y a quien daba osadía su pobreza, ocupó estas tierras de dudosa posesión; y como después se alargaron los términos —del imperio—, y los presidios se pasaron más adelante, se hallan ahora en medio de él, y son tenidos por parte de la provincia.

XXX

Más adelante de éstos habitan los catos, comenzando su asiento desde la selva Hercinia, no en lugares tan llanos ni pantanosos como las otras naciones en que se extiende Germania, sino que hay collados que duran por mucho espacio, y que también van siendo menos poco a poco; todos ellos están dentro de la selva Hercinia, fuera de la cual no poseen nada. Son los de esta nación de cuerpos

más robustos, de miembros rehechos, de aspecto feroz y de mayor vigor de ánimo. Tienen mucha industria y astucia para entre germanos; porque dan los cargos a los mejores, obedecen a sus capitanes, guardan sus puestos, conocen las ocasiones, difieren el ímpetu, reparten el día, fortifican de noche, cuentan la fortuna entre las cosas dudosas, y la virtud entre las seguras y ciertas; y, lo que es más raro y sólo concedido a la disciplina romana, hacen más fundamento en el capitán que en el ejército. Toda su fuerza consiste en la infantería, la cual, además de las armas, lleva también su comida y los instrumentos de hierro para las obras militares. Los otros germanos parece que van a dar batalla; los catos, a hacer guerra. Hacen pocas correrías y escaramuzas y peleas casuales. Esto es propio de la caballería: hacer presto su efecto y retirarse presto. La prisa anda cerca del temor; y la dilación, de la constancia.

XXXI

Lo que entre las otras naciones de Germania se hace pocas veces, y eso por la osadía de algunos, entre los catos está ya introducido por común consentimiento de todos, que los mancebos dejen crecer el cabello y la barba, y que no se quiten aquella figura de la cara y cabeza como voto y obligación que hacen al Valor, si no es habiendo muerto algún enemigo. Sobre la sangre y despojos del enemigo descubren la frente, y dicen que entonces han satisfecho a la obligación de haber nacido, y que son dignos de su patria y de sus padres. Los flojos, flacos y cobardes, y que son inútiles para la guerra, quedan siempre con aquella suciedad. Los más valientes traen también un anillo de hierro —que es cosa afrentosa para aquella gente— como por prisión, hasta desatarse de ella con haber muerto algún enemigo. Son muchos los catos que gustan de este traje, y con esta insignia llegan a encanecer, y son mirados y respetados de los enemigos y de los suyos. Estos son siempre los que comienzan las batallas. De éstos se forma siempre el primer escuadrón nuevo en la vista, porque ni aun en tiempo de paz se les quita ni disminuye aquel aspecto horrible y espantoso. Ninguno de ellos tiene casa o heredad, ni cuidan de ello; dondequiera que llegan, los reciben y sustentan, pródigos de los bienes ajenos y despreciadores de los propios, hasta que con la vejez pierden la sangre, y con ella se reducen a estado de no poder llevar tan áspera y rigurosa virtud.

XXXII

Tras los catos están los usipios, y los tencteros a la ribera del Rhin, donde ya lleva tanto caudal, que puede servir de término. Los tencteros, demás de la reputación que han alcanzado en la guerra, tienen grande ventaja en la caballería, la cual no es menos estimada que la infantería de los catos. Sus antepasados los instituyeron, y los descendientes los imitan. Estos son los juegos de los niños, las competencias de los mancebos, en que perseveran aun después de viejos. Danse los caballos por parte de la herencia; pero no como las demás cosas al hijo mayor, sino al que se muestra feroz y mejor para la guerra.

XXXIII

Tras los tencteros se seguían antiguamente los bructeros, cuyas tierras se dice que ocupan ahora los camavos y angrivarios, habiendo echado de ellas, y destruido totalmente, a los bructeros con consentimiento de las naciones comarcanas, o por el odio que les tenían por su soberbia, o por codicia de la presa, o por favor particular que nos han querido hacer los dioses. Porque aun no nos negaron el espectáculo de la batalla, en que murieron sesenta mil de ellos sin que interviniesen las armas de los romanos, sino para gusto y recreación de nuestros ojos, que es cosa más magnífica y gloriosa. Plegue a los dioses, si estas gentes no nos han de amar, que haya entre ellos siempre grandes aborrecimientos, pues que, declinando los hados del Imperio, ninguna cosa mayor nos puede dar la fortuna que discordias entre los enemigos.

XXXIV

Los dulgubnios y casuarios, con otras naciones no tan nombradas, cierran por las espaldas a los angrivarios y camavos, y por la frente los reciben los frisones, que se llaman mayores y menores, según son más o menos poderosos. Estas dos naciones se van extendiendo junto al Rhin hasta el Océano, y rodean también grandísimos lagos por donde han navegado armas romanas. Y también por aquella parte tentamos con la navegación el mismo Océano, y la fama publicó que aún subsistían las columnas de Hércules, sea que el héroe llegara a aquellas partes, o que todas las cosas grandes, de común acuerdo, las atribuimos a su gloria. No faltó osadía a Druso Germánico para averiguarlo; pero el Océano se opuso a que se inquiriesen sus cosas y las de Hércules. De entonces acá ninguno lo intentó, pareciendo más religioso y conforme a la reverenda que debemos a los dioses creer sus obras, que querer saberlas.

XXXV

Hasta aquí tuvimos conocimiento de Alemania por el Occidente. Hacia el Septentrión hace una grande vuelta. Desde los frisios comienzan luego los chaucos, que ocupan mucha costa del mar, y se van extendiendo al lado de todas las naciones que he nombrado, hasta que revuelven hacia los catos. Y no sólo son señores los chaucos de tan grande espacio de tierras, sino que las llenan. Este es un pueblo el más noble de toda Alemania, y que prefiere conservar su grandeza más con justicia, que con fuerza; viven quietos y retirados, sin codicia y sin mal apetito; no buscan guerras, ni hacen robos ni latrocinios. Y el mayor argumento de su virtud y fuerza es que, para ser superiores a todos, no hacen agravio a ninguno. Verdad es que tienen siempre todas prontas las armas, y que en caso necesario pueden armar ejército, porque poseen gran cantidad de hombres y de caballos. Y cuando están sosegados, tienen la misma fama que en la guerra.

XXXVI

Al lado de los chaucos y de los catos habitaban los cheruscos, los cuales, no acometiéndolos nadie, gozaron largo tiempo de una demasiada paz que los fue marchitando. Y esto les fue más gustoso que seguro. Porque el estar sosegados entre vecinos poderosos e insolentes, es sosiego falso; donde se procede por armas, la bondad y modestia son los nombres del vencedor. Y así los cheruscos, que antiguamente eran llamados buenos y justos, son tenidos ahora por necios, flojos y cobardes; en cambio, la fortuna de los catos, que los sujetaron, pasó por sabiduría. La ruina de los cheruscos llevó tras sí a los fosos, sus vecinos, y vinieron a ser igualmente compañeros suyos en las adversidades, habiendo sido menores en las prosperidades.

XXXVII

Los cimbro están en aquel mismo seno de Alemania cercanos al Océano, y es ahora ciudad pequeña, pero de grande nombre. Y vense grandes rastros de su antigua fama; en ambas riberas hay ruinas de alojamientos y espacios de ellos, por cuyo circuito se podría medir, aun hoy, la grandeza y multitud de su gente, y creer en lo verosímil de tan gran emigración. Corría el año 640 de la fundación de nuestra ciudad, cuando se oyó hablar la primera vez de las armas de los cimbro, siendo cónsules Cecilio Metelo y Papirio Carbon. Y si desde entonces contamos hasta el segundo consulado de Trajano, hallaremos casi doscientos diez años, y tantos ha que vamos conquistando a Germania. En medio de tan largo siglo, ha habido grandes daños de una parte y de otra. Ni los samnites, ni los cartagineses, ni las provincias de España, ni las de Galia, ni aun los partos, no nos dieron más avisos de su poder, porque más dura cosa es vencer la libertad de los germanos, que el reino de Arsaces. Pues, ¿con qué otra cosa nos puede dar en rostro el Oriente abatido por Ventidio, sino con la muerte de Craso, habiendo también él perdido a Pacoro a manos del mismo Ventidio? En cambio, los germanos, habiendo preso o desbaratado a Carbon, y Casio y Scauro Aurelio, y

Servilio Cepion, quitaron juntamente cinco ejércitos consulares al pueblo romano, y arrebataron también a Augusto a Varo y tres legiones. Y no los maltrataron, y vencieron sin recibir daño Cayo Mario en Italia, el divo Julio en Francia, y Druso, Nerón y Germánico en sus propias tierras; después de esto, se convirtieron en burla y escarnio las grandes amenazas de Cayo César. Desde entonces hubo ociosidad, y no se movieron hasta que con la ocasión de nuestra discordia y de las guerras civiles, habiendo ganado los alojamientos donde invernan las legiones, desearon y procuraron también sujetar las provincias de Francia, de donde después fueron echados. Y poco tiempo ha se triunfó de ellos sin haberlos vencido.

XXXVIII

Ahora hemos de decir de los suevos, los cuales no son una gente sola, como los catos o los tencteros, sino muchas y diferentes naciones, y con propios nombres cada una, aunque en común se llaman suevos: ocupan la mayor parte de Germania. La insignia de esta gente es echarse atrás el cabello y atarle con un nudo. Con esto se diferencian los suevos de los demás germanos; y los libres de ellos, de los esclavos. Entre las otras naciones se usa poco esto, a no ser alguna que, o han emparentado con los suevos, o quieren imitarlos como se suele; pero ninguno lo hace pasados los años de la mocedad. Los suevos, aun después de canos, retuercen el cabello que causa horror, y muchas veces le atan solamente en lo alto de la cabeza. Los príncipes le traen con más curiosidad, y este cuidado tienen de la compostura de su rostro; pero sin mala intención ni culpa, porque no se adornan de esta manera para amar o ser amados, sino que, habiendo de ir a las batallas, piensan que con traer el cabello en esta forma, han de causar terror al enemigo cuando pusiere los ojos en ellos.

XXXIX

Los semnones dicen que son ellos los más antiguos y más nobles de los suevos, y confírmase la fe de su antigüedad con una ceremonia religiosa. En cierto tiempo del año se juntan todos los pueblos de aquella nación por sus embajadores en un bosque consagrado de sus antepasados con supersticiones y agüeros, y, matando públicamente un hombre, celebran los horribles principios de su bárbaro rito. Reverencian asimismo este bosque sagrado con otra ceremonia. Que ninguno entra en él sino atado como inferior, y mostrando y confesando en eso la potestad de Dios. Y si acaso cae, no le es lícito levantarse, y se ha de ir revolcando por el suelo. Y toda esta superstición se endereza a mostrar que allí ha tenido origen su gente; que Dios, señor de todos, habita allí, y que todas las demás cosas están sujetas y obedientes. Añade autoridad a esto la multitud de los semnones, porque habitan cien ciudades, y por su grandeza se tienen por cabeza de los suevos.

XL

Por el contrario, ennoblece a los longobardos su poco número; rodeados de muchas y muy belicosas naciones, se conservan y están seguros, no con sumisión y obediencia, sino con batallas y peligros. Los reudignos, aviones, anglos, varinos, eudoses, suardones y nuitones, están cercados y amparados de ríos y de bosques. Ninguno de ellos tiene otra cosa notable que el adorar en común a Nerto, que significa la Madre tierra, la cual piensan que interviene en las cosas y negocios de los hombres, y que entra y anda en los pueblos. En una isla del Océano hay un bosque llamado Casto, y dentro de él un carro consagrado cubierto con una vestidura; no es permitido tocarle sino a un sacerdote. Este conoce cuándo la diosa está en aquel recinto secreto, y con mucha reverenda va siguiendo el carro, del que tiran vacas. Son días alegres y regocijados, y lugares de fiesta, todos aquellos donde tiene por bien llegar y hospedarse. Y no tratan de cosas de guerra, ni toman las armas; todo género de ellas está encerrado; solamente se conoce y ama la paz y quietud, hasta que el mismo sacerdote vuelve la diosa a su templo, harta y cansada de la conversación de los hombres. Luego se lava en un lago secreto el carro y la vestidura, y la misma diosa, si así lo quisieres creer. A los esclavos que sirven en esto, se los traga el mismo lago. De aquí les viene a todos un oculto

terror, y una santa ignorancia de lo que pueda ser aquello que ven solamente los que han de perecer.

XXI

Y esta es la parte de los suevos, que se extiende más adentro de Alemania. La más cercana ciudad —para seguir ahora el Danubio, como antes seguí el Rhin— es la de los hermunduros, gente fiel a los romanos; y por eso ellos solos entre les germanos negocian y tratan no solamente en la ribera, sino más adentro, y hasta en la insigne y famosa colonia de la provincia de Retia. Pasan por todas partes sin llevar guarda. Y siendo así que a las otras naciones enseñamos solamente nuestras armas y campamentos, a éstos abrimos nuestras casas y heredades, que no las codician. En el país de los hermunduros nace el Elba, río famoso y conocido en otro tiempo; hoy lo es sólo de nombre.

XXII

Junto a los hermunduros habitan los nariscos, y luego los marcomanos y los cuados. La principal gloria y fuerzas son las de los marcomanos, y ganaron con su valor la misma tierra que poseen, echando de ella a los boyos; pero no degeneran de ellos los nariscos y los cuados. Esta es la frontera de Germania por la parte que la ciñe el Danubio. Los marcomanos y cuados tuvieron hasta el tiempo de nuestra memoria, reyes de su misma gente. Fue noble entre ellos el linaje de Maroboduo y Tudro. Ahora sufren ya imperio de extranjeros; pero la fuerza y poder de sus reyes depende de la autoridad romana. Pocas veces los ayudamos con nuestras armas, y muchas más con dinero; pero no por eso son menos poderosos.

XXIII

Los marsignos, cotinos, osos y burios cierran por la espalda los marcomanos y cuados. De los cuales, los marsignos y burios revelan su origen suevo en el traje y lengua. Los cotinos, por la lengua gálica que hablan, y los osos, por la panónica muestran no ser germanos, y también porque sufren tributos; parte de ellos se los imponen los sármatas, y parte los cuados, como a extranjeros. Los cotinos, aun por avergonzarlos más, trabajan en las minas de hierro. Tienen todos estos pueblos poca tierra llana, pero hicieron asiento en bosques y en las cumbres de los montes; porque éstos se continúan hasta el fin de la Suevia, y la dividen por medio. De la otra parte de estas montañas viven otras muchas gentes, entre las cuales la de los lugios es la de mayor nombre y la que se extiende por más ciudades. De que bastará referir las más poderosas, que son los arios, helveconas, manimos, elisios, naharvalos. En la tierra de los naharvalos hay un bosque del antiguo culto a cargo de un sacerdote que anda con vestido femenil. Los dioses de él, según la interpretación romana, dicen ser Cástor y Pólux, y el nombre de aquella deidad es Alcis. No tienen ningunas imágenes suyas, ni hay rastros algunos de superstición extranjera; pero son adorados como hermanos y como mozos. Y los arios, además de aventajarse en fuerzas a los pueblos que hemos nombrado poco ha, siendo feroces, ayudan su fiereza natural con el arte y con el tiempo. Traen los escudos negros y los cuerpos teñidos, y escogen las noches más oscuras para las batallas; y con el mismo terror y figura de este ejército funeral, causan espanto, no pudiendo ninguno de los enemigos sufrir aquella vista nueva y como infernal. Porque los ojos son los primeros que se vencen en las batallas.

Tras los lugios siguen los gotones, a quien mandan reyes, y aunque están algo más sujetos que las demás naciones de Germania, no les han quitado aún del todo la libertad. En la costa del Océano habitan los rugios y lemovios; todas estas gentes se distinguen por sus escudos redondos, sus espadas cortas y su obediencia a los reyes.

XXIV

Y luego en el mismo Océano tienen sus ciudades los suyones, gente poderosa en soldados y armadas. Sus navíos se diferencian de los nuestros en que tienen proa por ambas partes, para poder

por cualquiera llegar a abordar y a tierra. No usan de velas, ni llevan los remos atados por los costados, sino sueltos y libres, como en algunos ríos, para poderlos mudar al lado que fuese menester. También entre ellos tienen honra y estimación las riquezas; y por esto los manda uno solo, no por permisión suya y por el tiempo que les parece, sino con absoluto poder, sin excepción alguna. Y no se les permite, como a los demás germanos, el uso de las armas indiferentemente, sino que están cerradas y con guarda, y éste, esclavo. Porque el Océano prohíbe las entradas y acometimientos repentinos de enemigos; y verdaderamente los hombres con armas en las manos estando ocioso, fácilmente se dan al vicio y causan desórdenes. Y no es provechoso para los reyes entregar la guarda de las armas al noble ni al libre, ni aun al liberto.

XLV

Más allá de los suyones hay otro mar perezoso y casi inmóvil; se cree que es el que cerca y ciñe la redondez de la tierra, porque después de puesto el sol se ve siempre aquel resplandor que deja hasta que vuelve a nacer, de manera que oscurece las estrellas. Y también hay opinión que se oye el ruido que el sol hace al emerger del Océano, y que se ven las figuras de los caballos y los rayos de la cabeza; y es la fama que hay y verdadera, que hasta allí y no más llega la naturaleza. En la costa del mar suévico, a mano derecha, habitan los estios, los cuales tienen los ritos y hábitos de los suevos, y en la lengua se parecen más a la de los britanos. Adoran a la madre de los dioses. Y por insignia de su superstición traen unas figuras de jabalíes. Y esto a los que reverencian la diosa sirve de armas y de seguridad y defensa, aun entre los enemigos. Usan poco de hierro y mucho de bastones. Trabajan más y con más cuidado y sufrimiento en cultivar la tierra y sembrar granos y otros frutos, que lo que acostumbra la pereza de los demás germanos. Navegan también por el mar, escudriñando sus secretos. Y ellos solos cogen en los bajíos y en la misma costa, el ámbar amarillo, que llaman gleso. Pero como son bárbaros, nunca han procurado saber ni hallado lo que es ni cómo se engendra. Y aun mucho tiempo lo solían dejar entre las otras inmundicias que la mar echa, hasta que nuestro apetito y superfluidad le puso nombre y estimación. Ellos no lo usan; cógenle tosco, y nos lo traen sin darle otra figura ni forma, y maravillanse del precio que reciben por él. Pero bien se puede entender que es licor de algún árbol; porque muchas veces se echan de ver en medio de él algunos animalejos y avecillas que, habiéndosele pegado, se quedan después allí encerrados, cuando se endurece la materia. Yo creería que, como en algunas partes secretas del Oriente se producen el incienso y el bálsamo, así también haya árboles más fértiles en las selvas y bosques de las islas y tierra firme del Occidente, cuyos licores, secados por los rayos del sol que tienen cerca, vienen a caer en la mar junto a ellos, de donde las tempestades los echan en las otras costas que están enfrente. Si se aprueba la naturaleza del ámbar pegándole fuego, hallaremos que se enciende como tea, y hace una llama grasa y olorosa, y después se ablanda y derrite, quedando como pez o resina.

Confinan con los suyones la nación de los sitones, los cuales se les parecen en todo lo demás, y sólo se diferencian en que los señorea una mujer, que tanto como esto degeneran, no solamente de la libertad, sino de la servidumbre misma.

XLVI

Aquí es el fin de la Suevia. Estoy en duda si pondré las naciones de los peucinos, venedos y fennos entre los sármatas o entre los germanos, aunque los peucinos, a que algunos llaman bastarnas, viven como los germanos en la lengua y hábito, y asiento y casas. La suciedad y entorpecimiento es común a todos. Y habiendo los principales de ellos emparentado con los sármatas, se han corrompido algo, haciéndose a su manera de vida. Los venedos han tomado mucho de sus costumbres, porque, como salteadores, corren todos los montes y sierras que hay entre los peucinos y los fennos. Pero con todo eso se cuentan éstos más por alemanes, porque tienen moradas fijas, usan escudos, se huelgan de caminar a pie y son ágiles; todo lo cual es diferente en los sármatas, que viven en carros y andan a caballo. Los fennos tienen una horrible fiereza y una

pobreza cruel. No tienen armas, ni caballos, ni casas; sustentase con hierba, vístense de pieles, y la tierra les sirve de cama. Consiste toda su esperanza en las flechas, las cuales, a falta de hierro, arman con huesos. Los hombres y mujeres se sustentan de la caza; ellas de ordinario los acompañan y les piden parte de ella. Los niños no tienen otro refugio ni acogida contra el agua y las fieras, sino algunas cabañas que tejen con ramas y con las cuales se cubren; a ellas se vuelven los mozos y a ellas se recogen los viejos. Y les parece esto mayor felicidad que cansarse y gemir labrando los campos y fabricando casas, y traer entre la esperanza y el miedo los bienes propios y ajenos. Y viviendo seguros para con los hombres, y seguros para con los dioses, han alcanzado una cosa dificultosísima: el no tener siquiera necesidad del deseo.

Lo demás que se cuenta de la tierra y la gente que habita más allá de las que he dicho, todo es fabuloso; como decir que los helusios y oxionas tienen las cabezas de hombres y los cuerpos y miembros de fieras. Y así dejaré de tratar de esto, como cosa que no está averiguada.

DE ORIGINE ET SITU GERMANORUM

I

Germania omnis a Gallis Raetisque et Pannoniis Rheno et Danuvio fluminibus, a Sarmatis Dacisque mutuo metu aut montibus separatur: cetera Oceanus ambit, latos sinus et insularum immensa spatia complectens, nuper cognitis quibusdam gentibus ac regibus, quos bellum aperuit. Rhenus, Raeticarum Alpium inaccessio ac praecipiti vertice ortus, modico flexu in occidentem versus septentrionali Oceano miscetur. Danuvius molli et clementer edito montis Abnobaе iugo effusus pluris populos adit, donec in Ponticum mare sex meatibus erumpat: septimum os paludibus hauritur.

II

Ipsos Germanos indigenas crediderim minimeque aliarum gentium adventibus et hospitibus mixtos, quia nec terra olim, sed classibus advehebantur qui mutare sedes quaerebant, et immensus ultra utque sic dixerim adversus Oceanus raris ab orbe nostro navibus aditur.

Quis porro, praeter periculum horridi et ignoti maris, Asia aut Africa aut Italia relicta Germaniam peteret, informem terris, asperam caelo, tristem cultu adspectuque, nisi si patria sit?

Celebrant carminibus antiquis, quod unum apud illos memoriae et annalium genus est, Tuistonem deum terra editum. Ei filium Mannum, originem gentis conditoremque, Manno tris filios adsignant, e quorum nominibus proximi Oceano Ingaevones, medii Herminones, ceteri Istaevones vocentur.

Quidam, ut in licentia vetustatis, pluris deo ortos plurisque gentis appellationes, Marsos Gambrivos Suebos Vandilios adfirmant, eaque vera et antiqua nomina. Ceterum Germaniae vocabulum recens et nuper additum, quoniam qui primi Rhenum transgressi Gallos expulerint ac nunc Tungri, tunc Germani vocati sint: ita nationis nomen, non gentis evaluisse paulatim, ut omnes primum a victore ob metum, mox etiam a se ipsis, invento nomine Germani vocarentur.

III

Fuisse apud eos et Herculem memorant, primumque omnium virorum fortium ituri in proelia canunt. Sunt illis haec quoque carmina, quorum relatu, quem barditum vocant, accendunt animos futuraeque pugnae fortunam ipso cantu augurantur.

Terrent enim trepidantve, prout sonuit acies, nec tam vocis ille quam virtutis concentus videtur. Adfectatur praecipue asperitas soni et fractum murmur, obiectis ad os scutis, quo plenior et gravior vox repercussu intumescat.

Ceterum et Ulixen quidam opinantur longo illo et fabuloso errore in hunc Oceanum delatum adisse Germaniae terras, Asciburgiumque, quod in ripa Rheni situm hodieque incolitur, ab illo constitutum nominatumque; aram quin etiam Ulixi consecratam, adiecto Laertae patris nomine, eodem loco olim repertam, monumentaque et tumulos quosdam Graecis litteris inscriptos in confinio Germaniae Raetiaeque adhuc exstare.

Quae neque confirmare argumentis neque refellere in animo est: ex ingenio suo quisque demat vel addat fidem.

IV

Ipsae eorum opinionibus accedo, qui Germaniae populos nullis aliis aliarum nationum conubiis infectos propriam et sinceram et tantum sui similem gentem exstitisse arbitrantur. Unde habitus

quoque corporum, tamquam in tanto hominum numero, idem omnibus: truces et caerulei oculi, rutilae comae, magna corpora et tantum ad impetum valida: laboris atque operum non eadem patientia, minimeque sitim aestumque tolerare, frigora atque inedia caelo solove adsueverunt.

V

Terra etsi aliquanto specie differt, in universum tamen aut silvis horrida aut paludibus foeda, umidior qua Gallias, ventosior qua Noricum ac Pannoniam adspicit; satis ferax, frugiferarum arborum inpatiens, pecorum fecunda, sed plerumque improcera. Ne armentis quidem suus honor aut gloria frontis: numero gaudent, eaeque solae et gratissimae opes sunt. Argentum et aurum propitiine an irati di negaverint dubito. Nec tamen adfirmaverim nullam Germaniae venam argentum aurumve gignere: quis enim scrutatus est? Possessione et usu haud perinde adficiuntur. Est videre apud illos argentea vasa, legatis et principibus eorum muneri data, non in alia vilitate quam quae humo finguntur; quamquam proximi ob usum commerciorum aurum et argentum in pretio habent formasque quasdam nostrae pecuniae agnoscunt atque eligunt. Interiores simplicius et antiquius permutatione mercium utuntur. Pecuniam probant veterem et diu notam, serratos bigatosque. Argentum quoque magis quam aurum sequuntur, nulla adfectione animi, sed quia numerus argenteorum facilius usui est promiscua ac vilia mercantibus.

VI

Ne ferrum quidem superest, sicut ex genere telorum colligitur. Rari gladiis aut maioribus lanceis utuntur: hastas vel ipsorum vocabulo frameas gerunt angusto et brevi ferro, sed ita acri et ad usum habili, ut eodem telo, prout ratio poscit, vel comminus vel eminus pugnent. Et eques quidem scuto frameaque contentus est; pedites et missilia spargunt, pluraque singuli, atque in immensum vibrant, nudi aut sagulo leves. Nulla cultus iactatio; scuta tantum lectissimis coloribus distinguunt. Paucis loricae, vix uni alterive cassis aut galea. Equi non forma, non velocitate conspicui. Sed nec variare gyros in morem nostrum docentur: in rectum aut uno flexu dextros agunt, ita coniuncto orbe, ut nemo posterior sit. In universum aestimanti plus penes peditem roboris; eoque mixti proeliantur, apta et congruente ad equestrem pugnam velocitate peditum, quos ex omni iuventute delectos ante aciem locant. Definitur et numerus; centeni ex singulis pagis sunt, idque ipsum inter suos vocantur, et quod primo numerus fuit, iam nomen et honor est. Acies per cuneos componitur. Cedere loco, dummodo rursus instes, consilii quam formidinis arbitrantur. Corpora suorum etiam in dubiis proeliis referunt. Scutum reliquisse praecipuum flagitium, nec aut sacris adesse aut concilium inire ignominioso fas; multique superstites bellorum infamiam laqueo finierunt.

VII

Reges ex nobilitate, duces ex virtute sumunt. Nec regibus infinita aut libera potestas, et duces exemplo potius quam imperio, si prompti, si conspicui, si ante aciem agant, admiratione praesunt. Ceterum neque animadvertere neque vincire, ne verberare quidem nisi sacerdotibus permissum, non quasi in poenam nec ducis iussu, sed velut deo imperante, quem adesse bellantibus credunt. Effigiesque et signa quaedam detracta lucis in proelium ferunt; quodque praecipuum fortitudinis incitamentum est, non casus, nec fortuita conglobatio turmam aut cuneum facit, sed familiae et propinquitates; et in proximo pignora, unde feminarum ululatus audiri, unde vagitus infantium. Hi cuique sanctissimi testes, hi maximi laudatores. Ad matres, ad coniuges vulnera ferunt; nec illae numerare aut exigere plagas pavent, cibosque et hortamina pugnantibus gestant.

VIII

Memoriae proditur quasdam acies inclinatas iam et labantes a feminis restitutas constantia precum et obiectu pectorum et monstrata comminus captivitate, quam longe impatientius feminarum

suarum nomine timent, adeo ut efficacius obligentur animi civitatum, quibus inter obsides puellae quoque nobiles imperantur. Inesse quin etiam sanctum aliquid et providum putant, nec aut consilia earum aspernantur aut responsa neglegunt. Vidimus sub divo Vespasiano Veledam diu apud plerosque numinis loco habitam; sed et olim Albrunam et compluris alias venerati sunt, non adulatione nec tamquam facerent deas.

IX

Deorum maxime Mercurium colunt, cui certis diebus humanis quoque hostiis litare fas habent. Herculem et Martem concessis animalibus placant. Pars Sueborum et Isidi sacrificat: unde causa et origo peregrino sacro, parum comperi, nisi quod signum ipsum in modum liburnae figuratum docet advectam religionem. Ceterum nec cohibere parietibus deos neque in ullam humani oris speciem adsimulare ex magnitudine caelestium arbitrantur: lucos ac nemora consecrant deorumque nominibus appellant secretum illud, quod sola reverentia vident.

X

Auspicia sortesque ut qui maxime observant: sortium consuetudo simplex. Virgam frugiferae arbori decisam in surculos amputant eosque notis quibusdam discretos super candidam vestem temere ac fortuito spargunt. Mox, si publice consultetur, sacerdos civitatis, sin privatim, ipse pater familiae, precatus deos caelumque suspiciens ter singulos tollit, sublatis secundum impressam ante notam interpretatur. Si prohibuerunt, nulla de eadem re in eundem diem consultatio; sin permissum, auspiciorum adhuc fides exigitur. Et illud quidem etiam hic notum, avium voces volatusque interrogare; proprium gentis equorum quoque praesagia ac monitus experiri. Publice aluntur isdem nemoribus ac lucis, candidi et nullo mortali opere contacti; quos pressos sacro curru sacerdos ac rex vel princeps civitatis comitantur hinnitusque ac fremitus observant. Nec ulli auspicio maior fides, non solum apud plebem, sed apud proceres, apud sacerdotes; se enim ministros deorum, illos conscios putant. Est et alia observatio auspiciorum, qua gravium bellorum eventus explorant. Eius gentis, cum qua bellum est, captivum quoquo modo interceptum cum electo popularium suorum, patriis quemque armis, committunt: victoria huius vel illius pro praeiudicio accipitur.

XI

De minoribus rebus principes consultant; de maioribus omnes, ita tamen, ut ea quoque, quorum penes plebem arbitrium est, apud principes pertractentur. Coeunt, nisi quid fortuitum et subitum incidit, certis diebus, cum aut incohatur luna aut impletur; nam agendis rebus hoc auspicatissimum initium credunt. Nec dierum numerum, ut nos, sed noctium computant. Sic constituunt, sic condicunt: nox ducere diem videtur. Illud ex libertate vitium, quod non simul nec ut iussi conveniunt, sed et alter et tertius dies cunctatione coeuntium absumitur. Ut turbae placuit, considunt armati. Silentium per sacerdotes, quibus tum et coercendi ius est, imperatur. Mox rex vel princeps, prout aetas cuique, prout nobilitas, prout decus bellorum, prout facundia est, audiuntur, auctoritate suadendi magis quam iubendi potestate. Si displicuit sententia, fremitu aspernantur; sin placuit, frameas concutiunt. Honoratissimum adsensus genus est armis laudare.

XII

Licet apud concilium accusare quoque et discrimen capitis intendere. Distinctio poenarum ex delicto. Proditores et transfugas arboribus suspendunt, ignavos et imbelles et corpore infames caeno ac palude, iniecta insuper crate, mergunt. Diversitas supplicii illuc respicit, tamquam scelera ostendi oporteat, dum puniuntur, flagitia abscondi. Sed et levioribus delictis pro modo poena: equorum pecorumque numero convicti multantur. Pars multae regi vel civitati, pars ipsi, qui vindicatur, vel propinquis eius exsolvitur. Eliguntur in isdem conciliis et principes, qui iura per pagos vicosque

reddunt; centeni singulis ex plebe comites consilium simul et auctoritas adsunt.

XIII

Nihil autem neque publicae neque privatae rei nisi armati agunt. Sed arma sumere non ante cuiquam moris, quam civitas suffectorum probaverit. Tum in ipso concilio vel principum aliquis vel pater vel propinqui scuto frameaque iuvenem ornant: haec apud illos toga, hic primus iuventae honos; ante hoc domus pars videntur, mox rei publicae. Insignis nobilitas aut magna patrum merita principis dignationem etiam adulescentulis adsignant: ceteris robustioribus ac iam pridem probatis adgregantur, nec rubor inter comites adspici. Gradus quin etiam ipse comitatus habet, iudicio eius quem sectantur; magnaque et comitum aemulatio, quibus primus apud principem suum locus, et principum, cui plurimi et acerrimi comites. Haec dignitas, hae vires, magno semper et electorum iuvenum globo circumdari, in pace decus, in bello praesidium. Nec solum in sua gente cuique, sed apud finitimas quoque civitates id nomen, ea gloria est, si numero ac virtute comitatus emineat; expetuntur enim legationibus et muneribus ornantur et ipsa plerumque fama bella profligant.

XIV

Cum ventum in aciem, turpe principi virtute vinci, turpe comitatu virtutem principis non adaequare. Iam vero infame in omnem vitam ac probrosum superstitem principi suo ex acie recessisse. Illum defendere, tueri, sua quoque fortia facta gloriae eius adsignare praecipuum sacramentum est. Principes pro victoria pugnant, comites pro principe. Si civitas, in qua orti sunt, longa pace et otio torpeat, plerique nobilium adulescentium petunt ultro eas nationes, quae tum bellum aliquod gerunt, quia et ingrata genti quies et facilius inter ancipitia clarescunt magnumque comitatum non nisi vi belloque tueare; exigunt enim principis sui liberalitate illum bellatorem equum, illam cruentam victricemque frameam. Nam epulae et quamquam incompti, largi tamen apparatus pro stipendio cedunt. Materia munificentiae per bella et raptus. Nec arare terram aut exspectare annum tam facile persuaseris quam vocare hostem et vulnera mereri. Pigrum quin immo et iners videtur sudore acquirere quod possis sanguine parare.

XV

Quotiens bella non ineunt, non multum venatibus, plus per otium transigunt, dediti somno ciboque, fortissimus quisque ac bellicosissimus nihil agens, delegata domus et penatium et agrorum cura feminis senibusque et infirmissimo cuique ex familia; ipsi hebet, mira diversitate naturae, cum idem homines sic ament inertiam et oderint quietem. Mos est civitatibus ultro ac viritim conferre principibus vel armentorum vel frugum, quod pro honore acceptum etiam necessitatibus subvenit. Gaudent praecipue finitimarum gentium donis, quae non modo a singulis, sed et publice mittuntur, electi equi, magna arma, phalerae torquesque; iam et pecuniam accipere docuimus.

XVI

Nullas Germanorum populis urbes habitari satis notum est, ne pati quidem inter se iunctas sedes. Colunt discreti ac diversi, ut fons, ut campus, ut nemus placuit. Vicos locant non in nostrum morem conexis et cohaerentibus aedificiis: suam quisque domum spatio circumdat, sive adversus casus ignis remedium sive incitiam aedificandi. Ne caementorum quidem apud illos aut tegularum usus: materia ad omnia utuntur informi et citra speciem aut delectationem. Quaedam loca diligentius inlinunt terra ita pura ac splendente, ut picturam ac lineamenta colorum imitetur. Solent et subterraneos specus aperire eosque multo insuper fimo onerant, suffugium hiemis et receptaculum frugibus, quia rigorem frigorum eius modi loci molliunt, et si quando hostis advenit, aperta populatur, abdita autem et defossa aut ignorantur aut eo ipso fallunt, quod quaerenda sunt.

XVII

Tegumen omnibus sagum fibula aut, si desit, spina consertum: cetera intecti totos dies iuxta focum atque ignem agunt. Locupletissimi veste distinguuntur, non fluitante, sicut Sarmatae ac Parthi, sed stricta et singulos artus exprimente. Gerunt et ferarum pelles, proximi ripae neglegenter, ulteriores exquisitius, ut quibus nullus per commercia cultus. Eligunt feras et detracta velamina spargunt maculis pellibusque beluarum, quas exterior Oceanus atque ignotum mare gignit. Nec alius feminis quam viris habitus, nisi quod feminae saepius lineis amictibus velantur eosque purpura variant, partemque vestitus superioris in manicas non extendunt, nudae brachia ac lacertos; sed et proxima pars pectoris patet.

XVIII

Quamquam severa illic matrimonia, nec ullam morum partem magis laudaveris. Nam prope soli barbarorum singulis uxoribus contenti sunt, exceptis admodum paucis, qui non libidine, sed ob nobilitatem plurimis nuptiis ambiuntur. Dotem non uxor marito, sed uxori maritus offert. Intersunt parentes et propinqui ac munera probant, munera non ad delicias muliebres quaesita nec quibus nova nupta comatur, sed boves et frenatum equum et scutum cum framea gladioque. In haec munera uxor accipitur, atque in vicem ipsa armorum aliquid viro adfert: hoc maximum vinculum, haec arcana sacra, hos coniugales deos arbitrantur. Ne se mulier extra virtutum cogitationes extraque bellorum casus putet, ipsis incipientis matrimonii auspiciis admonetur venire se laborum periculorumque sociam, idem in pace, idem in proelio passuram ausuramque. Hoc iuncti boves, hoc paratus equus, hoc data arma denuntiant. Sic vivendum, sic pereundum: accipere se, quae liberis inviolata ac digna reddat, quae nurus accipiant, rursusque ad nepotes referantur.

XIX

Ergo saepta pudicitia agunt, nullis spectaculorum inlecebris, nullis conviviorum inritationibus corruptae. Litterarum secreta viri pariter ac feminae ignorant. Paucissima in tam numerosa gente adulteria, quorum poena praesens et maritis permissa: abscisis crinibus nudatam coram propinquis expellit domo maritus ac per omnem vicum verbere agit; publicatae enim pudicitiae nulla venia: non forma, non aetate, non opibus maritum invenerit. Nemo enim illic vitia ridet, nec corrumpere et corrumpi saeculum vocatur. Melius quidem adhuc eae civitates, in quibus tantum virgines nubunt et eum spe votoque uxoris semel transigitur. Sic unum accipiunt maritum quo modo unum corpus unamque vitam, ne ulla cogitatio ultra, ne longior cupiditas, ne tamquam maritum, sed tamquam matrimonium ament. Numerum liberorum finire aut quemquam ex adgnatis necare flagitium habetur, plusque ibi boni mores valent quam alibi bonae leges.

XX

In omni domo nudi ac sordidi in hos artus, in haec corpora, quae miramur, excrescunt. Sua quemque mater uberibus alit, nec ancillis ac nutricibus delegantur. Dominum ac servum nullis educationis deliciis dignoscas: inter eadem pecora, in eadem humo degunt, donec aetas separet ingenuos, virtus adgnoscat. Sera iuvenum venus, eoque inexhausta pubertas. Nec virgines festinantur; eadem iuventa, similis proceritas: pares validaeque miscentur, ac robora parentum liberi referunt. Sororum filiis idem apud avunculum qui ad patrem honor. Quidam sanctiorem artiolemque hunc nexum sanguinis arbitrantur et in accipiendis obsidibus magis exigunt, tamquam et animum firmius et domum latius teneant. Heredes tamen successoresque sui cuique liberi, et nullum testamentum. Si liberi non sunt, proximus gradus in possessione fratres, patrii, avunculi. Quanto plus propinquorum, quanto maior adfinium numerus, tanto gratiosior senectus; nec ulla orbitatis pretia.

XXI

Suscipere tam inimicitias seu patris seu propinqui quam amicitias necesse est; nec implacabiles durant: luitur enim etiam homicidium certo armentorum ac pecorum numero recipitque satisfactionem universa domus, utiliter in publicum, quia periculosiores sunt inimicitiae iuxta libertatem.

Convictibus et hospitibus non alia gens effusius indulget. Quemcumque mortalium arcere tecto nefas habetur; pro fortuna quisque apparatus epulis excipit. Cum defecere, qui modo hospes fuerat, monstrator hospitii et comes; proximam domum non invitati adeunt. Nec interest: pari humanitate accipiuntur. Notum ignotumque quantum ad ius hospitis nemo discernit. Abeunti, si quid poposcerit, concedere moris; et poscendi in vicem eadem facilitas. Gaudent muneribus, sed nec data imputant nec acceptis obligantur: victus inter hospites comis.

XXII

Statim e somno, quem plerumque in diem extrahunt, lavantur, saepius calida, ut apud quos plurimum hiems occupat. Lauti cibum capiunt: separatae singulis sedes et sua cuique mensa. Tum ad negotia nec minus saepe ad convivia procedunt armati. Diem noctemque continuare potando nulli probrum. Crebrae, ut inter vinolentos, rixae raro conviciis, saepius caede et vulneribus transiguntur. Sed et de reconciliandis in vicem inimicis et iungendis adfinitatibus et adsciscendis principibus, de pace denique ac bello plerumque in conviviis consultant, tamquam nullo magis tempore aut ad simplices cogitationes pateat animus aut ad magnas incalescat. Gens non astuta nec callida aperit adhuc secreta pectoris licentia ioci; ergo detecta et nuda omnium mens. Postera die retractatur, et salva utriusque temporis ratio est: deliberant, dum fingere nesciunt, constituunt, dum errare non possunt.

XXIII

Potui umor ex hordeo aut frumento, in quandam similitudinem vini corruptus: proximi ripae et vinum mercantur. Cibi simplices, agrestia poma, recens fera aut lac concretum: sine apparatu, sine blandimentis expellunt famem. Adversus sitim non eadem temperantia. Si indulseris ebrietati suggerendo quantum concupiscunt, haud minus facile vitiis quam armis vincuntur.

XXIV

Genus spectaculorum unum atque in omni coetu idem. Nudi iuvenes, quibus id ludicrum est, inter gladios se atque infestas frameas saltu iaciunt. Exercitatio artem paravit, ars decorem, non in quaestum tamen aut mercedem: quamvis audacis lasciviae pretium est voluptas spectantium. Aleam, quod mirere, sobrii inter seria exercent, tanta lucrandi perdendive temeritate, ut, cum omnia defecerunt, extremo ac novissimo iactu de libertate ac de corpore contendunt. Victus voluntariam servitutem adit: quamvis iuvenior, quamvis robustior adligari se ac venire patitur. Ea est in re prava pervicacia; ipsi fidem vocant. Servos condicionis huius per commercia tradunt, ut se quoque pudore victoriae exsolvant.

XXV

Ceteris servis non in nostrum morem, descriptis per familiam ministeriis, utuntur: suam quisque sedem, suos penates regit. Frumenti modum dominus aut pecoris aut vestis ut colono iniungit, et servus hactenus paret: cetera domus officia uxor ac liberi exsequuntur. Verberare servum ac vinculis et opere coercere rarum: occidere solent, non disciplina et severitate, sed impetu et ira, ut inimicum, nisi quod impune est. Liberti non multum supra servos sunt, raro aliquod momentum in domo, numquam in civitate, exceptis dumtaxat iis gentibus quae regnantur. Ibi enim et super ingenuos et super nobiles ascendunt: apud ceteros impares libertini libertatis argumentum sunt.

XXVI

Faenus agitare et in usuras extendere ignotum; ideoque magis servatur quam si vetitum esset. Agri pro numero cultorum ab universis in vices occupantur, quos mox inter se secundum dignationem partiuntur; facilitatem partiendi camporum spatia praestant, Arva per annos mutant, et superest ager. Nec enim cum ubertate et amplitudine soli labore contendunt, ut pomaria conserant et prata separent et hortos rigent: sola terrae seges imperatur. Unde annum quoque ipsum non in totidem digerunt species: hiems et ver et aestas intellectum ac vocabula habent, autumnus perinde nomen ac bona ignorantur.

XXVII

Funerum nulla ambitio: id solum observatur, ut corpora clarorum virorum certis lignis cremantur. Struem rogi nec vestibus nec odoribus cumulant: sua cuique arma, quorundam igni et equus adicitur. Sepulcrum caespes erigit: monumentorum arduum et operosum honorem ut gravem defunctis aspernantur. Lamenta ac lacrimas cito, dolorem et tristitiam tarde ponunt. Feminis lugere honestum est, viris meminisse.

Haec in commune de omnium Germanorum origine ac moribus accepimus: nunc singularum gentium instituta ritusque, quatenus differant, quae nationes e Germania in Gallias commigraverint, expediam.

XXVIII

Validiores olim Gallorum res fuisse summus auctorum divus Iulius tradit; eoque credibile est etiam Gallos in Germaniam transgressos: quantum enim amnis obstabat quo minus, ut quaeque gens evaluerat, occuparet permutaretque sedes promiscuas adhuc et nulla regnorum potentia divisas? Igitur inter Hercyniam silvam Rhenumque et Moenum amnes Helvetii, ulteriora Boii, Gallica utraque gens, tenuere. Manet adhuc Boihaemi nomen significatque loci veterem memoriam quamvis mutatis cultoribus. Sed utrum Aravisci in Pannoniam ab Osis, Germanorum natione, an Osi ab Araviscis in Germaniam commigraverint, cum eodem adhuc sermone institutis moribus utantur, incertum est, quia pari olim inopia ac libertate eadem utriusque ripae bona malaque erant. Treveri et Nervii circa adfectionem Germanicae originis ultro ambitiosi sunt, tamquam per hanc gloriam sanguinis a similitudine et inertia Gallorum separentur. Ipsam Rheni ripam haud dubie Germanorum populi colunt, Vangiones, Triboci, Nemetes. Ne Ubii quidem, quamquam Romana colonia esse meruerint ac libentius Agrippinenses conditoris sui nomine vocentur, origine erubescunt, transgressi olim et experimento fidei super ipsam Rheni ripam conlocati, ut arcerent, non ut custodirentur.

XXIX

Omnium harum gentium virtute praecipui Batavi non multum ex ripa, sed insulam Rheni amnis colunt, Chattorum quondam populus et seditione domestica in eas sedes transgressus, in quibus pars Romani imperii fierent. Manet honos et antiquae societatis insigne; nam nec tributis contemnuntur nec publicanus atterit; exempti oneribus et conlationibus et tantum in usum proeliorum sepositi, velut tela atque arma, bellis reservantur. Est in eodem obsequio et Mattiacorum gens; protulit enim magnitudo populi Romani ultra Rhenum utraque veteres terminos imperii reverentiam. Ita sede finibusque in sua ripa, mente animoque nobiscum agunt, cetera similes Batavis, nisi quod ipso adhuc terrae suae solo et caelo acrius animantur.

Non numeraverim inter Germaniae populos, quamquam trans Rhenum Danuviumque consederint, eos qui decumates agros exercent. Levissimus quisque Gallorum et inopia audax dubiae possessionis solum occupavere; mox limite acto promotisque praesidiis sinus imperii et pars

provinciae habentur.

XXX

Ultra hos Chatti initium sedis ab Hercynio saltu incohant, non ita effusis ac palustribus locis, ut ceterae civitates, in quas Germania patescit; durant siquidem colles, paulatim rarescunt, et Chattos suos saltus Hercynius prosequitur simul atque deponit. Duriora genti corpora, stricti artus, minax vultus et maior animi vigor. Multum, ut inter Germanos, rationis ac sollertiae: praeponere electos, audire praepositos, nosse ordines, intellegere occasiones, differre impetus, disponere diem, vallare noctem, fortunam inter dubia, virtutem inter certa numerare, quodque rarissimum nec nisi ratione disciplinae concessum, plus reponere in duce quam in exercitu. Omne robur in pedite, quem super arma ferramentis quoque et copiis onerant: alios ad proelium ire videas, Chattos ad bellum. Rari excursus et fortuita pugna. Equestrium sane virium id proprium, cito parare victoriam, cito cedere: velocitas iuxta formidinem, cunctatio propior constantiae est.

XXXI

Et aliis Germanorum populis usurpatum raro et privata cuiusque audentia apud Chattos in consensum vertit, ut primum adoleverint, crinem barbamque submittere, nec nisi hoste caeso exuere votivum obligatumque virtuti oris habitum. Super sanguinem et spolia revelant frontem, seque tum demum pretia nascendi rettulisse dignosque patria ac parentibus ferunt: ignavis et imbellibus manet squalor. Fortissimus quisque ferreum insuper anulum (ignominiosum id genti) velut vinculum gestat, donec se caede hostis absolvat. Plurimis Chattorum hic placet habitus, iamque canent insignes et hostibus simul suisque monstrati. Omnium penes hos initia pugnarum; haec prima semper acies, visu nova; nam ne in pace quidem vultu mitiore mansuescunt. Nulli domus aut ager aut aliqua cura: prout ad quemque venere, aluntur, prodigi alieni, contemptores sui, donec exsanguis senectus tam durae virtuti impares faciat.

XXXII

Proximi Chattis certum iam alveo Rhenum, quique terminus esse sufficiat, Usipi ac Tencteri colunt. Tencteri super solitum bellorum decus equestris disciplinae arte praecellunt; nec maior apud Chattos peditum laus quam Tencteris equitum. Sic instituere maiores; posterum imitantur. Hi lusus infantium, haec iuvenum aemulatio: perseverant senes. Inter familiam et penates et iura successionum equi traduntur: excipit filius, non ut cetera, maximus natu, sed prout ferox bello et melior.

XXXIII

Iuxta Tencteros Bructeri olim occurrebant: nunc Chamavos et Angrivarios inmigrasse narratur, pulsus Bructeris ac penitus excisis vicinarum consensu nationum, seu superbiae odio seu praedae dulcedine seu favore quodam erga nos deorum; nam ne spectaculo quidem proelii invidere. Super sexaginta milia non armis telisque Romanis, sed, quod magnificentius est, oblectationi oculisque ceciderunt. Maneat, quaeso, duretque gentibus, si non amor nostri, at certe odium sui, quando urgentibus imperii fatibus nihil iam praestare fortuna maius potest quam hostium discordiam.

XXXIV

Angrivarios et Chamavos a tergo Dulgubnii et Chasuarii cludunt, aliaeque gentes haud perinde memoratae, a fronte Frisii excipiunt. Maioribus minoribusque Frisiis vocabulum est ex modo virium. Utraeque nationes usque ad Oceanum Rheno praetexuntur, ambiuntque inmensos insuper lacus et Romanis classibus navigatos. Ipsum quin etiam Oceanum illa temptavimus: et superesse

adhuc Herculis columnas fama vulgavit, sive adiit Hercules, seu quidquid ubique magnificum est, in claritatem eius referre consensimus. Nec defuit audentia Druso Germanico, sed obstitit Oceanus in se simul atque in Herculem inquire. Mox nemo temptavit, sanctiusque ac reverentius visum de actis deorum credere quam scire.

XXXV

Hactenus in occidentem Germaniam novimus; in septentrionem ingenti flexu redit. Ac primo statim Chaucorum gens, quamquam incipiat a Frisiis ac partem litoris occupet, omnium quas exposui gentium lateribus obtenditur, donec in Chattos usque sinuetur. Tam inensum terrarum spatium non tenent tantum Chauci, sed et implent, populus inter Germanos nobilissimus, quique magnitudinem suam malit iustitia tueri. Sine cupiditate, sine impotentia, quieti secretique nulla provocant bella, nullis raptibus aut latrociniiis populantur. Id praecipuum virtutis ac virium argumentum est, quod, ut superiores agant, non per iniurias adsequuntur; prompta tamen omnibus arma ac, si res poscat, exercitus, plurimum virorum equorumque; et quiescentibus eadem fama.

XXXVI

In latere Chaucorum Chattorumque Cherusci nimiam ac marcentem diu pacem inaccessiti nutrierunt: idque iucundius quam tutius fuit, quia inter impotentes et validos falso quiescas: ubi manu agitur, modestia ac probitas nomina superioris sunt. Ita qui olim boni aequique Cherusci, nunc inertes ac stulti vocantur: Chattis victoribus fortuna in sapientiam cessit. Tracti ruina Cheruscorum et Fosi, contermina gens. Adversarum rerum ex aequo socii sunt, cum in secundis minores fuissent.

XXXVII

Eundem Germaniae sinum proximi Oceano Cimbri tenent, parva nunc civitas, sed gloria ingens. Veterisque famae lata vestigia manent, utraque ripa castra ac spatia, quorum ambitu nunc quoque metiaris molem manusque gentis et tam magni exitus fidem. Sescentesimum et quadragesimum annum urbs nostra agebat, cum primum Cimbrorum audita sunt arma, Caecilio Metello et Papirio Carbone consulibus. Ex quo si ad alterum imperatoris Traiani consulatum computemus, ducenti ferme et decem anni colliguntur: tam diu Germania vincitur. Medio tam longi aevi spatio multa in vicem damna. Non Samnis, non Poeni, non Hispaniae Galliaeve, ne Parthi quidem saepius admonere: quippe regno Arsacis acrior est Germanorum libertas. Quid enim aliud nobis quam caedem Crassi, amisso et ipse Pacoro, infra Ventidium deiectus Oriens obiecerit? At Germani Carbone et Cassio et Scauro Aurelio et Servilio Caepione Gnaeoque Mallio fuis vel captis quinque simul consularis exercitus populo Romano, Varum trisque cum eo legiones etiam Caesari abstulerunt; nec impune C. Marius in Italia, divus Iulius in Gallia, Drusus ac Nero et Germanicus in suis eos sedibus perculerunt. Mox ingentes Gai Caesaris minae in ludibrium versae. Inde otium, donec occasione discordiae nostrae et civilium armorum expugnatis legionum hibernis etiam Gallias adfectavere; ac rursus inde pulsi proximis temporibus triumphati magis quam victi sunt.

XXXVIII

Nunc de Suebis dicendum est, quorum non una, ut Chattorum Tencterorumve, gens; maiorem enim Germaniae partem obtinent, propriis adhuc nationibus nominibusque discreti, quamquam in commune Suebi vocentur. Insigne gentis obliquare crinem nodoque substringere: sic Suebi a ceteris Germanis, sic Sueborum ingenui a servis separantur. In aliis gentibus seu cognatione aliqua Sueborum seu, quod saepe accidit, imitatione, rarum et intra iuventae spatium; apud Suebos usque ad canitiem horrentem capillum retro sequuntur. Ac saepe in ipso vertice religatur; principes et ornatiorem habent. Ea cura formae, sed innoxia; neque enim ut ament amenturve, in altitudinem quandam et terrorem adituri bella compta, ut hostium oculis, armantur.

XXXIX

Vetustissimos se nobilissimosque Sueborum Semnones memorant; fides antiquitatis religione firmatur. Stato tempore in silvam auguriis patrum et prisca formidine sacram omnes eiusdem sanguinis populi legationibus coeunt caesoque publice homine celebrant barbari ritus horrenda primordia. Est et alia luco reverentia: nemo nisi vinculo ligatus ingreditur, ut minor et potestatem numinis prae se ferens. Si forte prolapsus est, attolli et insurgere haud licitum: per humum evolvuntur. Eoque omnis superstitio respicit, tamquam inde initia gentis, ibi regnator omnium deus, cetera subiecta atque parentia. Adicit auctoritatem fortuna Semnonum: centum pagi iis habitantur magnoque corpore efficitur ut se Sueborum caput credant.

XL

Contra Langobardos paucitas nobilitat: plurimis ac valentissimis nationibus cincti non per obsequium, sed proeliis ac periclitando tuti sunt. Reudigni deinde et Aviones et Anglii et Varini et Eudoses et Suardones et Nuithones fluminibus aut silvis muniuntur. Nec quicquam notabile in singulis, nisi quod in commune Nerthum, id est Terram matrem, colunt eamque intervenire rebus hominum, invehi populis arbitrantur. Est in insula Oceani castum nemus, dicatumque in eo vehiculum, veste contactum; attingere uni sacerdoti concessum. Is adesse penetrali deam intellegit vectamque bubus feminis multa cum veneratione prosequitur. Laeti tunc dies, festa loca, quaecumque adventu hospitioque dignatur. Non bella ineunt, non arma sumunt; clausum omne ferrum; pax et quies tunc tantum nota, tunc tantum amata, donec idem sacerdos satiatam conversatione mortalium deam templo reddat. Mox vehiculum et vestes et, si credere velis, numen ipsum secreto lacu abluitur. Servi ministrant, quos statim idem lacus haurit. Arcanus hinc terror sanctaque ignorantia, quid sit illud, quod tantum perituri vident.

XLI

Et haec quidem pars Sueborum in secretiora Germaniae porrigitur. Propior, ut, quo modo paulo ante Rhenum, sic nunc Danuvium sequar, Hermundurorum civitas, fida Romanis; eoque solis Germanorum non in ripa commercium, sed penitus atque in splendidissima Raetiae provinciae colonia. Passim et sine custode transeunt; et cum ceteris gentibus arma modo castraque nostra ostendamus, his domos villasque patefecimus non concupiscentibus. In Hermunduris Albis oritur, flumen inclutum et notum olim; nunc tantum auditur.

XLII

Iuxta Hermunduros Naristi ac deinde Marcomani et Quadi agunt. Praecipua Marcomanorum gloria viresque, atque ipsa etiam sedes pulsus olim Boiis virtute parta. Nec Naristi Quadive degenerant. Eaque Germaniae velut frons est, quatenus Danuvio peragitur. Marcomanis Quadisque usque ad nostram memoriam reges mansere ex gente ipsorum, nobile Marobodui et Tudri genus: iam et externos patiuntur, sed vis et potentia regibus ex auctoritate Romana. Raro armis nostris, saepius pecunia iuvantur, nec minus valent.

XLIII

Retro Marsigni, Cotini, Osi, Buri terga Marcomanorum Quadorumque claudunt. E quibus Marsigni et Buri sermone cultuque Suebos referunt: Cotinos Gallica, Osos Pannonica lingua coarguit non esse Germanos, et quod tributa patiuntur. Partem tributorum Sarmatae, partem Quadi ut alienigenis imponunt: Cotini, quo magis pudeat, et ferrum effodiunt. Omnesque hi populi pauca campestrium, ceterum saltus et vertices montium iugumque insederunt. Dirimit enim scinditque Suebiam continuum montium iugum, ultra quod plurimae gentes agunt, ex quibus latissime patet

Lygiorum nomen in plures civitates diffusum. Valentissimas nominasse sufficet, Harios, Helveconas, Manimos, Helisios, Nahanarvalos. Apud Nahanarvalos antiquae religionis lucus ostenditur. Praesidet sacerdos muliebri ornatu, sed deos interpretatione Romana Castorem Pollucemque memorant. Ea vis numini, nomen Alcis. Nulla simulacra, nullum peregrinae superstitionis vestigium; ut fratres tamen, ut iuvenes venerantur. Ceterum Harii super vires, quibus enumeratos paulo ante populos antecedunt, truces insitae feritati arte ac tempore lenocinantur: nigra scuta, tincta corpora; atras ad proelia noctes legunt ipsaque formidine atque umbra feralis exercitus terrorem inferunt, nullo hostium sustinente novum ac velut infernum adspectum; nam primi in omnibus proeliis oculi vincuntur.

XLIV

Trans Lygios Gotones regnantur, paulo iam adductius quam ceterae Germanorum gentes, nondum tamen supra libertatem. Protinus deinde ab Oceano Rugii et Lemovii; omniumque harum gentium insigne rotunda scuta, breves gladii et erga reges obsequium.

Suionum hinc civitates ipso in Oceano praeter viros armaque classibus valent. Forma navium eo differt, quod utrimque prora paratam semper adpulsui frontem agit. Nec velis ministrantur nec remos in ordinem lateribus adiungunt: solutum, ut in quibusdam fluminum, et mutabile, ut res poscit, hinc vel illinc remigium. Est apud illos et opibus honos, eoque unus imperitat, nullis iam exceptionibus, non precario iure parendi. Nec arma, ut apud ceteros Germanos, in promiscuo, sed clausa sub custode, et quidem servo, quia subitos hostium incursus prohibet Oceanus, otiosae porro armatorum manus facile lasciviunt. Enimvero neque nobilem neque ingenuum, ne libertinum quidem armis praeponere regia utilitas est.

XLV

Trans Suionas aliud mare, pigrum ac prope inmotum, quo cingi cludique terrarum orbem hinc fides, quod extremus cadentis iam solis fulgor in ortus edurat adeo clarus, ut sidera hebetet; sonum insuper emergentis audiri formasque equorum et radios capitis adspici persuasio adicit. Illuc usque (et fama vera) tantum natura. Ergo iam dextro Suebici maris litore Aestiorum gentes adluuntur, quibus ritus habitusque Sueborum, lingua Britannicae propior. Matrem deum venerantur. Insigne superstitionis formas aprorum gestant: id pro armis omniumque tutela securum deae cultorem etiam inter hostis praestat. Rarus ferri, frequens fustium usus. Frumenta ceterosque fructus patientius quam pro solita Germanorum inertia laborant. Sed et mare scrutantur, ac soli omnium sucinum, quod ipsi glesum vocant, inter vada atque in ipso litore legunt. Nec quae natura, quaeve ratio gignat, ut barbaris, quaesitum compertumve; diu quin etiam inter cetera eiectamenta maris iacebat, donec luxuria nostra dedit nomen. Ipsi in nullo usu; rude legitur, informe profertur, pretiumque mirantes accipiunt. Sucum tamen arborum esse intellegas, quia terrena quaedam atque etiam volucra animalia plerumque interlucent, quae implicata umore mox durescente materia cluduntur. Fecundiora igitur nemora lucosque sicut Orientis secretis, ubi tura balsamaque sudantur, ita Occidentis insulis terrisque inesse crediderim, quae vicini solis radiis expressa atque liquentia in proximum mare labuntur ac vi tempestatum in adversa litora exundant. Si naturam sucini admoto igni temptes, in modum taedae accenditur alitque flammam pinguem et olentem; mox ut in picem resinamve lentescit.

Suionibus Sitonum gentes continuantur. Cetera similes uno differunt, quod femina dominatur; in tantum non modo a libertate sed etiam a servitute degenerant.

XLVI

Hic Suebiae finis. Peucinatorum Venedorumque et Fennorum nationes Germanis an Sarmatis adscribam dubito, quamquam Peucini, quos quidam Bastarnas vocant, sermone, cultu, sede ac

domiciliis ut Germani agunt. Sordes omnium ac torpor procerum; conubiis mixtis nonnihil in Sarmatarum habitum foedantur. Venedi multum ex moribus traxerunt; nam quidquid inter Peucinos Fenosque silvarum ac montium erigitur latrocinii pererrant. Hi tamen inter Germanos potius referuntur, quia et domos figunt et scuta gestant et pedum usu ac pernecitate gaudent: quae omnia diversa Sarmatis sunt in plaustro equoque viventibus. Fennis mira feritas, foeda paupertas: non arma, non equi, non penates; victui herba, vestitui pelles, cubile humus: solae in sagittis spes, quas inopia ferri ossibus asperant. Idemque venatus viros pariter ac feminas alit; passim enim comitantur partemque praedae petunt. Nec aliud infantibus ferarum imbriumque suffugium quam ut in aliquo ramorum nexu contegantur: huc redeunt iuvenes, hoc senum receptaculum. Sed beatius arbitrantur quam ingemere agris, inlaborare domibus, suas alienasque fortunas spe metuque versare: securi adversus homines, securi adversus deos rem difficillimam adsecuti sunt, ut illis ne voto quidem opus esset. Cetera iam fabulosa: Hellusios et Oxionas ora hominum voltusque, corpora atque artus ferarum gerere: quod ego ut incompertum in medio relinquam.

CLÁSICOS DE HISTORIA

<http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/>

- 91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
- 90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
- 89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
- 88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
- 87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
- 86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
- 85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
- 84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
- 83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
- 82 Pomponio Mela, *Corografía*
- 81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
- 80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa (3 tomos)*
- 79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
- 78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
- 77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
- 76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
- 75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
- 74 Egeria, *Itinerario*
- 73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
- 72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
- 71 Roque Barcia, *La Federación Española*
- 70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
- 69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus (de Al-Bayan al-Mughrib)*
- 68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
- 67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
- 66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
- 65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
- 64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española (2 tomos)*
- 63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
- 62 Conde de Romanones, *Notas de una vida (1868-1912)*
- 61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
- 60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
- 59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
- 58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
- 57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
- 56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente (3 tomos)*
- 55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
- 54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
- 53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
- 52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
- 51 *Historia Silense, también llamada legionense*
- 50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
- 49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
- 48 *Anales Toledanos*
- 47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*

- 46 George Borrow, *La Biblia en España*
 45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
 44 Charles Fourier, *El falansterio*
 43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
 42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
 41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
 40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
 39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
 38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
 37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
 36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
 35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
 34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
 33 Carlos V, *Memorias*
 32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
 31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
 30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
 29 Plutarco, *Vidas paralelas*
 28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
 27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
 26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
 25 Andrés Bernaldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
 24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
 23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
 22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
 21 *Crónica Cesaraugustana*
 20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
 19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
 18 Juan de Biclario, *Crónica*
 17 *Crónica de Sampiro*
 16 *Crónica de Alfonso III*
 15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
 14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
 13 *Crónica Albeldense*
 12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
 11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
 10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
 9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
 8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
 7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
 6 Idacio, *Cronicón*
 5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
 4 *Ajbar Machmuâ*
 3 *Liber Regum*
 2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
 1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)